

Viento del Oeste / 8

Rafael Azcona
Pobre, Paralítico y Muerto

EDICIONES DEL VIENTO





Pobre, Paralítico y Muerto

©Rafael Azcona, 1960

©Ediciones del Viento, 2008

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña

Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.com

www.edicionesdelviento.com

Diseño: David Carballal

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-96964-13-6

Depósito legal: xxxxxx

Impresión: Valladares s.l.

Impreso en España / Printed in Spain

Índice

Pobre	7
Paralítico	73
Muerto	137

Pobre

I

Se despertó aterido, despegados los párpados por una claridad desusada, y tardó unos segundos en comprender lo ocurrido: el viento, que removía las tejas y se filtraba por los cañizos de la techumbre, había arrancado del ventanuco la cartulina del calendario que hacía las veces de cristal, y la heladora luz del amanecer inundaba la habitación.

Arrebujándose en las mantas cuarteleras, luchó contra su pereza, intentando reunir la necesaria voluntad para levantarse y reparar el desperfecto, pero unas campanadas, cayendo sobre el rumor del río, le hicieron recordar que aquella mañana era la del 22 de diciembre. Tenía que levantarse.

Salió de la cama ahogando una blasfemia. Estaba casi vestido, pero antes de alcanzar la muleta, que le espe-

raba junto a la cabecera tuvo que calzarse unos chanclos de goma y alisar, entre la camiseta y la chaqueta, las hojas de papel de periódico que la noche y el sueño le habían apelotonado sobre el pecho. Luego, ya apoyado en la muleta, se puso un chaquetón de cuero y una bufanda negra, y se acercó al cajón de madera que, con la cama y una silla de asiento de anea, constituía el mobiliario de la pieza. Rebuscó entre ropas viejas, latas orientas, cajas de cartón y pedazos de metal, y recogió del fondo del arca dos talonarios de recibos y dos décimos de lotería.

En las tinieblas del pasillo resonaban unos ronquidos y olía a basura. Una voz de mujer preguntó:

—¿Ya sales?

—Sí, sí, salgo. ¿Qué leches pasa?

—Que no despiertes a la burra, que luego empieza a alborotar, se desvelan las criaturas y ya tenemos armado el mitin.

—Déjame en paz con la burra. Yo pago y no voy a salir de puntillas. Además, ¿por qué no la tenéis en una cuadra? No hay quien lo aguante... ¡La burra, la basura, la manada de hijos...!

En el portal le recibió una cálida bocanada de olor a estiércol y a transpiración animal. Se acercó hasta la bestia que descansaba en un rincón, y trató, sin conseguirlo, de orinarle en una oreja. Luego, le clavó la muleta en un ijar, hasta que los rebuznos se confundieron con las amenazas que brotaban del pasillo.

—¡A mí qué me cuentas! ¡Si le dieran más de comer no rebuznaría, que el pobre bicho se despierta de hambre! ¡Pues sí que está uno apañado con la burra de la madre que la parió!

La puerta lo asomó al descampado que moría en el borde del río. De la sierra de Toloño bajaba el cierzo cortante, que pasaba estruendoso por la chopera vecina. Cerca del Puente de Hierro, junto al carromato de unos húngaros, humeaba una hoguera. Al otro lado del río, a la altura del matadero, trepidaba una apisonadora.

Se ajustó la bufanda y caminó a lo largo de una hilera de casas miserables y de solares pelados, procurando no apoyar la muleta en los charcos helados. El frío atravesaba la ropa y las hojas de periódico, llegándole a la carne. Apresuró el paso. Quería llegar cuanto antes a casa de Fulgencio para entonarse y entrarle a la mañana con ánimo.

Junto al taller del herrador esperaban, con sus caballerías, unos hombres envueltos en mantas campesinas. Se detuvo un instante frente a ellos:

—Una limosna por amor de Dios, hermanos.

—Ande, ande, buen hombre.

Empezaba el asfalto; a la mitad de la cuesta estaba la taberna, con un resplandor amarillento sobre su rótulo. Al abrir la puerta le envolvió una nube de humo. Estaba restregándose los ojos cuando le saludó la voz de Fulgencio:

—Cómo se nota que hoy es tu día, ¿eh? ¡Vaya ma-
drugón...!

Fulgencio luchaba con la estufa. En la mesa del rincón,
unos empleados de la limpieza pública arreglaban una
manga de riego y daban fin a unos bocadillos.

—A ver qué vida. Dame un orujo.

Mientras Fulgencio le servía la copa, sacó los talonarios
del bolsillo y ofreció a los de la limpieza:

—¿Quieren algo de lotería? Se sortea hoy. De doña
Manolita. Por probar no se pierde nada...

—No; se pierde el dinero.

—De todas, todas.

Les volvió la espalda y se bebió la copa.

—Y tú, Fulgencio, ¿quieres otro duro?

—Deja, deja... Ya te he cogido diez pesetas.

—Pero a lo mejor toca.

—Está bien. Trae otro duro.

—Ahí va. Dame otra copa y la vuelta.

Entró un gitano. Traía una tijera de esquilar y se hacía
el son con ella:

*Por la calle abajito
va el que yo quiero.
Y no le veo la cara
con el sombrero...*

Fulgencio le cortó, seco:

—Apaga la radio, majo, que no son horas. ¿Qué quieres?

—Una palomita, maestro.

Iban a salir, ya arreglada la manga de riego y apurado el porrón de vino, los de la mesa del rincón.

—Bueno, qué, ¿no se animan?

Uno de ellos vacilaba, y un compañero le aconsejó:

—No te fíes de los mangantes.

Intervino Fulgencio:

—Oye, que estás equivocado. Aquí, Venancio es un hombre. Ya ha pagado algunos premios... Pequeños, pero a tocateja.

El que luchaba con su tentación preguntó:

—¿De cuánto son las participaciones?

—De peseta y de duro. Y la voluntad, claro.

—Vengan dos pesetillas. Ahí van dos reales...

El gitano pareció alegrarse mucho al ver el número de la participación:

—Vaya si es bonito el gachó. ¿Me fía un duro, maestro?

—Que te lo fíe tu padre. ¡Qué simpático...!

Se volvió hacia la puerta:

—Hasta luego, Fulgencio.

—Adiós, hombre. ¿Te queda mucho papel?

—No... Ya te dije que vendí una barbaridad en tu pueblo. Buena gente aquélla. Ahora voy a la catedral, a ver a las beatas. Con la esperanza de que les toque el *gordo* les cuesta menos dar limosna, ¿sabes?

—Anda, anda, que menudo punto estás hecho.

Ya había gente en las calles. Se empezaban a levantar los cierres de algunas tiendas y cruzaban de un lado para

otro, en sus bicicletas, las lecheras; el boticario de la esquina, acabada su guardia nocturna, se quitaba la bata en la puerta de la farmacia y requebraba a las chicas; ante una carnicería descargaba cerdos abiertos en canal un camión, y más allá una tahona olía a pan recién cocido.

—Una barra de peseta. ¿La cambiamos por lotería?

—Bueno... ¡A ver si nos das la suerte, hombre!

Bajo las torres que señoreaban la Plaza del Mercado, las palomas volaban desde el pórtico de la iglesia hasta la fuente que enmascaraba unos urinarios, y sobre el suelo enguijado empezaban a extenderse las mercancías de los puestos de quincalla, de chatarra, de cerámica y de saldos.

Terminó de comerse el pan antes de llegar a la puerta del templo. Luego, sacudiéndose las migas de la bufanda, se acercó sin prisas a la entrada. Bajo el arco aplastado por el barroco ya estaba instalado el *Cegama*.

—Buenos días, *Cegama*.

—Hola, Venancio.

—Frío, ¿eh?

—Mejor. Así da uno más pena, sobre todo en estos días. Ojalá fuera Navidad todo el año.

Venancio se enfrentó con el tablero que anunciaba la calificación moral de las películas.

—¿Qué haces?

—Nada, viendo lo que echan en los cines. Esta tarde me voy a meter en el Moderno. Las dos cintas son rojas.

El *Cegama* se frotó con rabia los párpados blanquecinos:

—Mira que es desgracia la mía. Ni al cine puedo ir. Y es un momio eso del cine, porque te llevas algo de comer, y te pasas toda la tarde y casi toda la noche abrigado, viendo tías buenas y echando un sueño.

—Calla, que ya salen.

La puerta fue dejando pasar una fila de gentes. Abundaban las mujeres, sobre todo las viejas. Venancio y el *Cegama* habían compuesto sus actitudes:

—Una limosna por el amor de Dios...

—Almas caritativas, compren lotería y ayuden a este pobre inválido...

—Socorran al ciego hasta que le den los cupones...

—Prueben la suerte por caridad... Hoy sale el *gordo*...

—Una limosna para que Dios y la Santísima Virgen les conserven la vista...

—¿Quieren lotería? Compren lotería y amparen a este desgraciado que no se lo puede ganar...

Los que salían del templo fueron sustituidos por los que entraban, y Venancio y el *Cegama* continuaron cada uno con su cantinela. De vez en cuando aparecía un cliente de Venancio:

—A ver, Venancio, dame una peseta; a ver si tenemos suerte.

—El Señor le oiga, don Joaquín.

—Toma, cinco realitos.

—Muchas gracias y que Dios se lo pague, don Joaquín.
¿Qué tal sigue su señora?

—Igual, igual. Reza mucho por ella, Venancio.

—Descuide, don Joaquín.

Cuando el desfile se interrumpió, el *Cegama* preguntó:

—¿Cuánto has sacado?

—Una porquería. Once pesetas de venta y dos ochenta y cinco de la voluntad.

—Y te quejas. Eso tuyo sí que es negocio. Si yo pudiera ahorrar unas perras para empezar...

—Nada, hombre. Lo comido por lo servido.

—Tú tienes tu cama, duermes bajo techo, Venancio... En cambio, yo... Esta noche por poco me hielo.

—Bueno, ya te darán los cupones, hombre.

—¡Qué me van a dar! Como veo un poco, no tragan.

—Échate algo malo al ojo que todavía te funciona.

El *Cegama* se acarició el ojo que aún percibía la luz y las sombras:

—No, eso, no. Cuando buenamente pierda del todo la vista, que me den los cupones si les da la gana. Pero cegarme yo, ni hablar.

Quedaron en silencio. De pronto, el *Cegama* dijo:

—Además, yo no creo que los cupones den tanto dinero como dicen. Y te tienes que estar todo el puto día gritando como un loco...

—Calla, calla. ¿No oyes?

—¿Qué?

—El sorteo...

Desde algún balcón llegaba, a través de una radio, el cantar de los niños del Colegio de San Ildefonso. Escucharon durante unos minutos. El *Cegama* reflexionó:

—Mira que si te toca... Porque tú te quedarás con algo, ¿no?

—Con lo que no venda.

—Y, si te toca, ¿te acordarás de los amigos?

—Sí, hombre, no faltaba más. Pongo un asilo, os meto a todos dentro y os tengo a papo de rey. Mejor es que compres tú, y así no tienes que depender de nadie.

—¿Yo?

El *Cegama* volvió a refrotarse los párpados.

—Bueno, bueno... A lo mejor tienes razón. Trae, trae una peseta... Pero de la voluntad nada, ¿eh?

—Hombre, claro. Entre amigos...

Venancio le dio la participación y el *Cegama* se la acercó hasta tocarla con las pestañas.

—¿Sabes lo que hago si me toca?

—¿Qué?

—Me compro unas gafas.

—Pero ¿para qué quieres tú unas gafas si no vas a ver ni a un cura en un montón de yeso?

—Déjate, déjate, que algo es algo. A lo mejor con las gafas veo el cine. Y ahora no hables, que voy a ver si oigo nuestro número.

Las cantarinas voces de los niños del Colegio de San Ildelfonso seguían llegando, monótonas e incansables, dulces e ininteligibles, desde algún balcón.